

# La Almudaina

DIARIO DE NOTICIAS

## OCTUBRE, por Almanzor.—Dibujos de Pepe



D. Venancio Rocadura es un coronel retirado, que casó con una mallorquina y que por consecuencia de este casamiento se ha venido á vivir en este país.

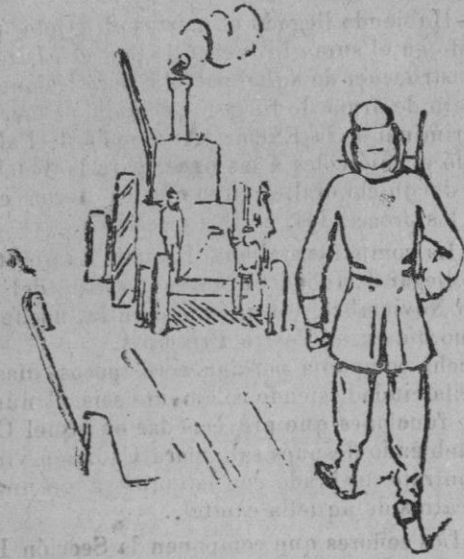
Excuso añadir que el hombre está maravillado de la vida palmesana, y que se hace cruces de lo que hemos convenido en llamar «nuestra morigeración de costum-

bres», cosa con la cual no puede transigir el buen D. Venancio.

—Le repito á V., y no se ha de ofender por esto—me decía hace algunas semanas—que esto es inaguantable. ¿Qué demonios hacen VV. los palmesanos, que no se les vé el pelo por ninguna parte?

—En primer lugar...

—En primer lugar son VV. unos hurones hechos y derechos. De las mujeres ya no hay que hablar, porque... en fin, ya me entiende V., hombre. Pero VV. los jóvenes... siquiera VV. saliesen de la madriguera, de día ó de noche... Pero, ¿quién es una alma para un remedio. Va V. al Borne: nadie. Se llega V. al Círculo... poco menos que nadie. Al café... pues al café no van más que cuatro forasteros. No hay teatro; no hay reuniones; no hay nada absolutamente. Esto... ¿quiere V. que le diga lo que es esto? Pues, un cementerio, hombre; ni más ni menos. Si no fuese por la locomóvil... Si, hombre, no se ría V; por la locomóvil. Es la única distracción que hay en el país. Figúrese V. un hombre como yo; que no tiene nada que hacer... En algo se ha de matar el tiempo! Cansado de correr sólo y aburrido por estos mundos todo el santo día, he tomado el partido de seguir al armatoste ese. Al menos, donde



quiera que vaya la locomóvil hay gente que mira, peripecias á cada momento... en fin; le digo á V. que si no fuera por esto y por la tropa que sale por las tardes, habría que pegarse un tiro... un tiro, hombre de Dios.

Yo pensaba, entretanto:—Vaya un hombre este. Pero luego... la verdad: no sé si es porque me he ido acostumbrando con la idea, pero... ¡Miren VV. que si no fuera por la locomóvil!...

De las mujeres hay algo que hablar, por más que diga D. Venancio. Y no sólo por aquello de

«que mientras haya una mujer hermosa habrá poesía... (y prosa)

sino precisamente porque este mes, como de transición de temporada, el sexo bello se ha ocupado con interés de trapos y moños, según habrán observado seguramente los jefes de familia.

La cosa empezó como siempre: con una lluvia de esas tarjetas y esquelas (... funerarias para el bolsillo de los aludidos jefes) por medio de las cuales los almacenistas de ropas y novedades hacen saber á todo bicho viviente que «se ha recibido un abundante y variado surtido para la próxima estación.» La noticia de un terremoto, de una guerra, de un cambio de ministerio, no produce en el seno de las familias tanta sensación como la del surtido abundante, y por añadidura variado.

Este adjetivo, esgrimido por mano de almacenista, no tiene rival. Por esto lo emplean casi todos, sirviéndose de sus maravillosas propie-

dades para infiltrar al sexo débil este afán inmoderado de salir á compras, que en ocasiones perjudica no sólo los intereses, sino la paz y buena armonía de las familias.

Sirva de ejemplo lo que ha sucedido estos días en casa de las de Biberón, muy conocidas, como se sabe, aun entre la buena sociedad.

El marido, que es extremadamente quisquilloso y puntual en todo, notó que los quehaceres domésticos andaban algo descuidados y llamó aparte á su consorte para decirle:

—Mira Benigna; ayer me cambiasteis la servilleta, dándome el número 3, en vez del 1 que



por clasificación me corresponde. Esta mañana he tenido que buscar el jabón porque en vez de guardarlo en el cajón del tocador lo habíais metido en la alacena. Benigna, por Dios; aquí hay gato encerrado. A vosotras os pasa algo que queréis ocultarme. Expíciate, por favor, ó no respondo de mi mismo.

—¿Qué gato ni que niño muerto! contestó no muy benignamente D.ª Benigna. Estas son aprensiones tuyas y nada más.

Pero el Biberón padre no se dió por convencido y se propuso averiguar el secreto de su mujer. Al día siguiente salió de la oficina media hora antes que de costumbre y se plantó en su casa de improviso. Ni la madre ni las dos hijas estaban allí; cosa increíble en aquella casa, que para las mujeres es una especie de casa de reclusión. D. Bonifacio montó en ira y amena-



zando á la criada con una sartén la obligó á revelar *ab ovo* todo lo que había oído á las señoritas. ¡Horror! Madre é hijas salían todas las mañanas para recorrer tiendas—sin comprar nada por supuesto—y enterarse de los colores y hechuras á la moda, á fin de arreglarse luego en casa unos trajecitos elegantes, que rivalizaran con los de las niñas del tercero.

Cuando llegaron las infelices, quedaron asombradas de encontrarle allí. La hija menor, que es muy dada á las óperas italianas, no pudo reprimirse y exclamó:

—¿El genitor? lo fremo!...

mientras la mayor y D.ª Benigna permanecían inmóviles como estatuas de sal, temiendo un cataclismo inmediato.

Pero D. Bonifacio fué prudente y se contentó con decirles:

—Lo sé todo!...

y con ademanes de barba despechado fué á sentarse á la mesa, dispuesto á no soltar por entonces ni una palabra más.

Su propósito no fué, sin embargo, duradero, porque la criada, con el trastorno, había echado en la sopa un puñado de pimienta y aquello estaba que no se podía comer. El sabor á picante dió al traste con la prudencia de D. Bonifacio; y con la boca hecha una ascua empezó á vomitar improperios contra los vestidos de invierno y el abandono de las madres de familia.

Doña Benigna se incomodó también y de resultas del zipizape tuvo un ataque de nervios,



fiebre intensa durante tres días y por último, en el sobaco izquierdo, un golondrino, tamaño como una nuez.

Apesar de esto, ni ella ni las hijas han cejado en la manía de informarse minuciosamente de cuanto se refiere á las últimas novedades. Anteayer, estando ausente el tiránico Biberón, me vieron en la calle, y me hicieron subir para dirigirme un sin fin de preguntas:

—Oiga V. Almanzor; me preguntaba la hija lírica. ¿Es cierto que ha estado V. en París hace poco?

—Si señora.

—Entonces, saltó D.ª Benigna, ¿qué color tiene la torre Dajiel?

—La torre Eiffel, querrá V. decir.

—Bueno, si ¿qué color tiene? Como es el color de moda y unos dicen que es tórtola claro y otros encarnado oscuro...

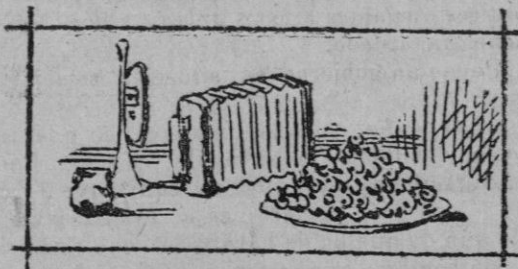
A duras penas conseguí enterarlas de lo que deseaban, porque me estaban preguntando las tres á un tiempo y ensordeciéndome con su chillería destemplada. Al fin me marché, dejándolas con su *Moda elegante ilustrada*, sus figurines del *Printemps* y su torre *Dajiel*.

Ni si me ahorcan vuelvo á aquella casa, (ni á muchas otras) en época de cambio de estación.

\*\*

En aquellos tiempos en que todos los barberos tenían algo de *Figaro* y quién más quién menos, cada hijo de vecino sabía su poquito de guitarra, bandurria, ó lo que fuese, era cosa fácil organizar serenatas para la víspera del día de las mil vírgenes y Santa Ursula... ó vice-versa: de Santa Ursula y las tantas vírgenes. En un periquete hacíanse los preparativos, y llegado el momento, se lanzaban á la calle numerosas patrullas de trovadores con sendas capas en los hombros y sendos atracones de buñuelos en el estómago. Con lo cual, á penas quedaba una virgen indígena sin su serenata correspondiente.

Pero hoy que tanto escasean los trovadores populares, hoy que los barberos interpretan á Donizetti y hablan del Sah de Persia como si le hubieran parido, cuesta un trabajo indecible el «formar comparsa» y de aquí resulta que siendo pocas las patrullas, sólo un reducido número de doncellas logra ver festejada su virginidad. Y no es esto lo peor; sino que, desterrada la *citara sonora*, en nuestros tiempos los acordeones y el cornetín de pistón de las bandas musicales son los principales intérpretes de ese caballeresco tributo de admiración á la castidad. En la noche de vírgenes ya no se vén guitarras, ni guitarreros, ni siquiera capas. Todo esto pasó; dejando subsistente sólo una cosa: Los buñuelos....



\*\*

Tras un largo período de sequía teatral nos llovió del cielo la compañía Lambertini, que está trabajando en el Principal desde el día 19 de este mes.

Lo más notable, y quizás lo único notable de ella, es la niña Dora, la «pequeña y grande artista»—como la llaman los carteles—cuya extraordinaria precocidad ha de causar la admiración donde quiera que sea.

Sin verlo no es posible creer que exista una criatura dotada de una inteligencia tal, que en muchos de los papeles que representa, no agrada porque lo hace demasiado bien. Me refiero á los papeles de aquellas obras escritas expresamente para ella, en los cuales, los autores, con el deseo de que la niña pueda patentizar todos sus recursos, se han visto en el caso de crear tipos exagerados hasta lo inverosímil, porque inverosímil es también el talento de la precoz artista. Así vemos, por ejemplo, que en *Giorgetti*, drama de Cuciniello que eligió la compañía para su estreno, es la niña la encargada de arreglar, á guisa de sagaz diplomática, graves y delicados asuntos de familia. Ella mantiene en



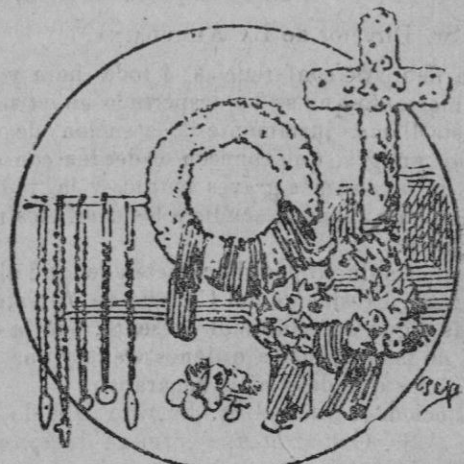
el alma del aristocrático abuelo el recuerdo de su desventurada nuera; ella lucha por el perdón de su madre, pone en ridículo al calaverón Dal Verme, y vence al fin, alcanzando por el cariño lo que por ningún otro medio se hubiese podido alcanzar. Esto es hermoso, no cabe duda, pero exagerado, é in-

comprensible en una niña de tan pocos años. Sólo una criatura existe, capaz de realizar tan difíciles empresas y esta es Dora Lambertini... que por fortuna no tiene por abuelo ningún duque intransigente con la plebe, ni debe el sér á ningún seductor de *contadinas*, sino á un actor muy apreciable, que si no demostrara sus facultades en los papeles que representa, las acreditaría por la manera cómo ha sabido educar en el arte á la admirable Dora.

Sin duda esta exageración á que me refiero contribuye á que el público muestre predilección por los papeles ligeros y alegres, que la niña desempeña con sin igual gracejo, y entre ellos por la aplaudida canción *U-lá-lá*... cuyo estribillo se ha hecho popular en pocos días, gracias al donaire y á la pícarasca intención con que lo canta la pequeña Lambertini. Hay que oírlo cantar para saber lo que es el deseo de comerse una chiquilla... á besos.



El mes ha tenido su nota triste: la exposición de coronas y adornos fúnebres en los escaparates, con motivo de hallarse cercano el día de Difuntos.



Pero este merece capítulo aparte. Hasta la próxima.

Almanzor





